

NUEVOS LIBROS

Sobre Misiones

(R. P. Fray Marcelino Ganuza—agustino recoleto—*Mono-
grafia de las misiones vivas de agustinos recoletos
(candelarios) en Colombia.*—Siglo XVII—XX—Tomo 1.
Con las debidas licencias—Bogotá—Imprenta de San
Bernardo—MCMXX.—Páginas XXXII más 240 en 4.º)

Una obra sobre misiones, escrita por un sacerdote, y además de sacerdote fraile, y español por añadidura, podrá interesar al clero y a las gentes devotas, pero de seguro es ilegible para los *intelectuales*, los *modernos*, los *hombres de experiencia y de mundo*.

Así razonarían, si llegaran a ver el epígrafe de estas líneas, los lectores asiduos de periódicos difamadores, de novelas escabrosas, de insubstanciales monografías en octavo; pero muy de otro modo pensarán los hombres de fuste, aun aquellos que han tenido la desgracia de olvidar la piedad o de perder la fe de su infancia.

En la época actual, mejor aún que en otra alguna, existe gusto apasionado por los libros de viajes a países antes desconocidos y por las descripciones de paisajes, razas, costumbres e idiomas de las regiones exploradas. ¿Perderán su interés las obras de esta clase porque el descubridor vista hábito de sayal y emprenda la jornada con fines religiosos antes que con propósitos terrenales?

Hoy, felizmente, han cobrado importancia entre nosotros los estudios históricos, sobre todo en lo concerniente a los dos épicos períodos de la conquista y la independencia. Sabido es el papel prominente de los misioneros católicos en la colonización de estas comarcas. Ellos igualaron a los conquistadores en he-

roísmo y constancia; los superaron en el éxito de sus esfuerzos. Unos quisieron dar

al rey infinitas tieras;
los otros ganar
a Dios infinitas almas.

El rey perdió su dominio en América; Dios lo conserva con creces.

Una historia patria que prescindiese de los anales del clero sería tan absurda como una historia antigua en que no se nombrara a Roma.

El reparo que se hiciera a la obra de que estamos tratando, fundado en la profesión y nacionalidad del autor, sería verdaderamente deplorable. Los clérigos seculares y los religiosos ocupan puesto de primera fila en las letras castellanas. Dejando a un lado los ascéticos y los místicos, superiores en calidad y número a los de otras naciones modernas, aun en la literatura de *imaginación*, como dicen ahora, hallamos nombres ilustres de eclesiásticos, desde el Arcipreste de Hita, con su desenfadado libro del *Buen Amor*, hasta el P. Coloma con sus afamadas *Pequeñeces*. ¿Los más eximios historiadores españoles no son acaso Mariana y Solís? Comienza el teatro en el clérigo Juan del Encina, sigue con el beneficiado Bartolomé Torres Naharro y culmina en dos sacerdotes seculares y un fraile: Lope, Calderón y Tirso.

Por lo que toca a la orden agustiniana, bastaría para su gloria literaria haber sido madre de aquel varón egregio, intérprete de la Escritura santa, místico sublime, prosista de insuperada elegancia, preceptista y crítico de ocasión adelantado a los conocimientos de su siglo, príncipe de los líricos castellanos, que se llamó el maestro Fray Luis de León. Y, sin pretender comparar a nadie con aquel ingenio soberano, de entre los agus-

tininos han salido varios de los escritores de más nota que han ilustrado a España contemporánea. ¿Por ventura habremos olvidado a nuestro querido Fray Pedro Fabo, cuya reputación literaria, nacida en Colombia, va creciendo de día en día en la Península, con regocijo de sus amigos de este lado del mar?

Hoy le toca el turno al Padre Fray Marcelino Ganuza, ex-provincial de su orden, religioso ejemplar, amigo y benefactor silencioso de Colombia. El escenario de las misiones candelarias son las islas del Caribe, sombreadas de palmeras; o las costas del Darién, donde la Providencia ha acumulado todas las riquezas naturales; o las llanuras de Casanare, océano de verdura, *que tiene por lindero el horizonte*, como dijo el poeta; tachonadas de bosques sembrados por Dios mismo el tercero día de la creación; cruzadas por *caños*, que son ríos imponentes, y por *ríos* que son verdaderos mares corrientes de agua dulce. Los actores son los agustinos recoletos, que dejaron patria y hogar, comodidades y esperanzas mundanas para traer la civilización cristiana a los aborígenes americanos. Algunos misioneros sucumbieron con martirio cruento, bajo las flechas y macanas salvajes; los otros sufrieron un martirio sin sangre, más doloroso que el primero, a poder de las inclemencias de la naturaleza y de las maldades de los hombres. Y los candelarios siguen hoy, trillando las huellas recientes del siervo de Dios, Ilustrísimo Fray Ezequiel Moreno, cuidando de aquella porción importantísima del territorio colombiano.

Todo esto se halla en la obra de nuestro docto Padre Ganuza, marcado con el sello de una perfecta veracidad, como sacado que está de los documentos auténticos y de primera mano conservados en el archivo de la Orden; y escrito en estilo muy agradable, sin pretensiones, terso como el alma de su autor.

Por la Patria

Luis María Mora se halla en primera línea entre los prosadores colombianos. Anda con libertad y garbo por entre los tropiezos de que está erizada la lengua de Castilla; no labra frases a mazo y escoplo, ni redondea períodos en el torno. Es correcto sin afectación; rico sin derroche; elocuente cuando es el caso, sin postizas retóricas.

En parte debe estas condiciones a la naturaleza; en parte a una buena preparación clásica, sobre todo a la intimidad con los antiguos autores griegos, cuyas excelencias se resumen en la máxima *Ne quid nimis*, nada con exceso.

Alberga nuestro amigo en lo más íntimo del alma, veneración y vivaz cariño a la tierra natal, con sus tradiciones y progresos, infortunios y glorias, y como todo convencido, anhela comunicar a los demás, especialmente a los jóvenes estudiosos, las ideas, los afectos que le bullen en la mente y en el corazón. Cree además que el patriotismo no se conserva y crece sin frecuentes manifestaciones ostensibles, así como en el orden religioso, el homenaje del espíritu necesita ir acompañado del culto público y externo. Cierto es que a los que así pensamos se nos suele calificar de patrioteros y mojigatos; pero no es justo confundir el uso con el abuso de las cosas, y lo bueno no deja de ser bueno porque lo motejen despectivamente los que no lo practican.

Los supradichos sentimientos palpitan en todos los escritos del doctor Mora, y le han inspirado un libro *El alma de la raza*, listo para la stampa y del cual se han publicado como muestras, algunos capítulos en la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO

La obra tiene por fundamento la fe católica del autor, ilustrada y firmísima; por aliento vital el amor

a nuestra Patria; por materia cuanto hace latir de entusiasmo un pecho colombiano: Dios y la República, el culto a los héroes pasados y los deberes y esperanzas por venir, el hogar, la iglesia, la escuela... y por forma accidental, un estilo cálido y pintoresco. Puede considerarse este libro como un tratado de educación cívica, no vestido con la túnica corta y sin mangas del *ludimagister*, sino con el manto y la toga del patricio romano. Será instrucción para los jóvenes, grata lectura para las familias, deleite para los amigos de las letras.

Y es nuevo timbre de honor para el Colegio del Rosario, que cuenta al doctor Luis María Mora entre sus hijos y sus catedráticos.

Una obra nueva con materiales viejos

(*Obras completas de don Miguel Adtonio Caro*—Tomo II—Estudios literarios—Primera serie—Edición oficial hecha bajo la dirección de Víctor E. Caro y Antonio Gómez Restrepo—Bogotá—Imprenta Nacional—1920—Páginas XXIII + 399 en 4.º)

Este tomo, según reza una advertencia preliminar, comprende la primera serie de los estudios literarios e históricos de don Miguel Antonio Caro. Se abre esta serie con algunos artículos casi infantiles, publicados en diversos periódicos de esta ciudad, y que revelan la admirable precocidad intelectual y la grande erudición de quien en esos primeros ensayos se exhibía ya como maestro en cuestiones literarias y filosóficas.

Fueron aquellos escritos los revuelos del aguilucho al dejar el nido, indecisos y temblorosos todavía, pero ya superiores en fuerza y elevación a los de todos los pájaros del bosque. Sin otros títulos que los seis trabajos de la adolescencia de Caro, cualquier varón ma

duro habría podido presentarse como candidato en la más exigente de las academias literarias.

Don Miguel Antonio Caro es quizá el único hispanoamericano cuyo nombre puede parangonarse sin desdoro con el de don Andrés Bello. Ambos fueron filólogos y gramáticos, y adivinaron teorías descubiertas y comprobadas más tarde por la ciencia europea; fueron entrambos altísimos vates originales y traductores mágicos de muchos poetas extranjeros. Uno y otro se aplicaron a los estudios morales y políticos y llegaron a maestros en las nobles disciplinas del Derecho. Se asemejan también en haber sido preceptores y modelos de una generación entera, y en la integridad de la vida pública y privada, y en el desprecio de los bienes terrenales transitorios. Por unos aspectos el hijo de Caracas aventaja al de Bogotá; por otros, nuestro compatriota prima sobre el venezolano eximio. Los dos son el magnífico paréntesis con que se abren y se cierran las letras clásicas de América española en el pasado siglo.

El libro de que venimos tratando se introduce con el elogio de Caro pronunciado por don Marco Fidel Suárez en la Academia de Historia. Tornamos a leerlo, para admirar de nuevo las condiciones del señor Suárez como escritor: lo sincero, luminoso y distinto de los pensamientos siempre guardadores de las leyes de la proporción; la obediencia ejemplar de la palabra a la idea; la armonía de la prosa, tan distinta, por no decir tan contraria a la del verso, y finalmente, la riqueza del idioma. No el derroche de vocablos desusados y pintorescos, no la opulencia lexigráfica, fácil de conseguir con una lectura memoriosa de los clásicos castellanos o con el frecuente manoseo del diccionario, sino la riqueza sintáctica, la que forma el mérito, casi no igualado, del Padre Alonso de Cabrera.

Parécenos que el timbre que mejor individualiza al señor Caro son sus estudios críticos. Como lingüista y literato, como poeta y orador, en calidad de filósofo y apologista, tiene en Colombia quienes lo acompañen y aun, al parecer de muchas personas, lo aventajen. No conocemos acá al crítico émulo de Caro, menos aún al que lo supere. Para hallarle pareja a don Miguel Antonio es preciso navegar en busca de Menéndez y Pelayo.

La crítica, si nos atenemos a la etimología del vocablo, es un juicio de deslinde, el arte de separar, de distinguir un sistema, una época, un hombre, una obra de todo lo que no es cada uno de ellos. En este proceso, como en todos, hay que empezar por investigar los hechos y oír y pesar las pruebas, para terminar con la sentencia del juez. Prescindir del primer elemento es faltar a la equidad, que prohíbe dictar fallo sin conocer los alegatos de las partes; omitir el segundo elemento es dejar que absuelva o condene la ignara muchedumbre que llena las barras de la audiencia.

Se pregunta por la ley preexistente, fija, obligatoria, conforme a la cual pronuncia la crítica literaria el veredicto. Si se trata de la verdad, preciso es asentir a las que Dios ha revelado y, en el orden natural, a las que se entran por las puertas de la experiencia sensible, a las que se imponen por intuición a la inteligencia, a las que se adquieren por el sabio proceso de la razón humana. Al tratarse de la moral, tenemos por norma la participación de la sabiduría divina en la criatura racional, como dice Santo Tomás (1); aquella ley que, según concepto de Cicerón, no se deriva de las Doce Tablas, ni del Edicto del Pretor, sino que es arrebatada por nosotros a la naturaleza misma (2).

(1) *Suma Teol.* Parte 2.^a 2.^ae, art. 91.

(2) Pro Milone.

¿Y el canon de la belleza literaria? Lo constituyen aquellos atributos que, al través del tiempo y del espacio, no obstante la diversidad de razas, idiomas, creencias, gustos y costumbres, son comunes a todos los artistas de la palabra que han resistido incólumes la acción corrosiva de los siglos desde Homero hasta Cervantes, de Esquilo a Shakespeare, de Píndaro a Víctor Hugo. Ese código no se halla completo en ningún tratado de estética, en texto alguno de retórica. Voltaire, después de imaginar que el entendimiento de Dios cabía dentro de una peluca empolvada, pasó de lo divino a lo humano y pretendió medir a Shakespeare por las reglas de la escuela pseudoclásica. Quiso cubrirlo de baldón y sarcasmo. La gloria del autor de *Hamlet* va creciendo de día en día; la del autor de *Zaira* va declinando lenta pero irresistiblemente hacia el ocaso.

Quizá la crítica literaria ha alcanzado su apogeo en el último siglo. Los grandes maestros se han guiado por criterios diferentes y han seguido procedimientos diversos. Según opina un escritor francés contemporáneo (1), Sainte-Beuve es retratista más que de las obras, de los hombres, y en ellos, antes del temperamento que del alma; al contrario de Faguet que sigue paso a paso el desarrollo del espíritu. Esfuérase Taine por enmarcar las figuras en un medio, por referirlas a una época; en tanto que Brunetière cuida de clasificar los literatos en géneros y especies que se reducen a dos grupos: el de los ascetas y el de los naturalistas, «sin pensar que una naturaleza llena de vida no se deja catalogar así de buenas a primeras.» Por su parte, Lemâitre nos enseña cómo habría escrito la obra si él hubiera sido el autor.

Don Miguel Antonio Caro no se gobierna por una norma sola, no emplea un instrumento único, aunque

(1) R. Salomé. *Revue des jeunes*.

su crítica es principalmente histórica y comparativa. Así, y vaya de ejemplo, estudia los talentos literarios que adornaron a los progenitores de José Eusebio Caro; describe con gráficos pormenores, la primera educación de don José Manuel Groot, las contrarias influencias a que en la mocedad estuvo sujeto, y la transformación lenta y progresiva del joven francmasón, incrédulo y discípulo de Bentham en eminente apologista católico. A los retratos de Andrés Bello y Julio Arboleda sirve de fondo el cuadro social y político de los primeros años de la República. Honda y precisa es en el señor Caro la psicología, no sólo de los contemporáneos, sino de arcaicos personajes, como Juan de Castellanos. Leyendo los estudios sobre Virgilio, conoce uno al dulce poeta como si hubiera sido convidado habitual en casa de Mecenas. En esta amplitud de criterio y de procederes se acerca Caro a Menéndez Pelayo, de quien no fue discípulo, porque cuando el egregio español comenzó a escribir, ya el colombiano tenía publicada más de la mitad de sus trabajos.

Sucede en nuestra América española que los hombres de letras se hallan implicados en las luchas religiosas y políticas, y por lo mismo, en el tribunal de la crítica, el juez y el acusado son o compañeros de armas o irreconciliables adversarios, y así la perfecta imparcialidad se hace poco menos que imposible. Algo de eso podría tal vez hallar en don Miguel Antonio un lector ajeno a nuestro ambiente, pero sin nada que se parezca a la violencia de Macaulay en sus ensayos sobre Barrère o sobre Bacon. Aquí tenemos que confesar un pecado, y es que nos agrada la pasión en las obras históricas y en las críticas, siempre que no desfigure la verdad ni peque contra caridad o contra justicia. Supongamos a Tácito frío y mesurado como un

tratadista de álgebra, ¡Qué pocos lectores habría tenido en este mundo!

La Nación, cuando decretó publicar las obras completas de don Miguel Antonio Caro cumplió con un acto de justicia y se levantó a sí misma un monumento. Los señores don Víctor E. Caro y don Antonio Gómez Restrepo, al dirigir la edición oficial, están mereciendo bien de Colombia y de las letras castellanas.

Interesante selección

(Literatura colombiana—*Artículos literarios de don Jose Manuel Marroquín*—coleccionados por José Manuel Marroquín Osorio, presbítero—Tomo I—Bogotá—Librería Santa Fé—Gustavo Santos & C.^a—1920—Pp. XX + 179 en 16.^o)

En el número anterior de esta REVISTA, publicamos nuestro humilde concepto acerca de don José Manuel Marroquín, en el punto de vista literario. La compilación que hoy anunciamos y que es tributo de amor filial, está dedicada a los presbíteros Rafael María Carrasquilla y Francisco José Vergara. El ilustrado compilador explica así la razón de su honrosa y galante ofrenda:

«Dice Pascal, en alguna parte, que la caridad para con los muertos consiste en hacer lo que ellos nos ordenarían si viviesen. Cumplo este deber al evocar como en un solo haz la dulce memoria de nuestros padres, y al poner este libro, antes que en ningunas otras, en manos de los hijos de Jose María Vergara y Vergara y de Ricardo Carrasquilla.»

Por nuestra parte, reiteramos al señor doctor Marroquín Osorio, la expresión del más vivo reconocimiento.

En honor de Nuestra Señora

(FLORILEGIO MARIANO de poesías castellanas, arreglado por el Pbro. *Ismael de J. Muñoz*, rector del colegio de Sonsón—Tomo I—Sonsón—Imprenta de *El Popular*—1919—Pp. XXVII + 502 en 8.^o)

Este libro, en nítida edición que honra a la ciudad donde se publicó, es una compilación de versos en honor de María Santísima, con motivo del Congreso Mariano.

Como el colector advierte modestamente que el Florilegio «quizá no sirva para los sabios y eruditos, porque no hallarán en él nada que no conozcan, pero puede ser conveniente a los humildes y fervorosos amantes de María Santísima,» ha dado cabida, al lado de poesías consagradas por la admiración de los siglos o sancionadas por el juicio de los doctos, a composiciones en que la felicidad del desempeño es inferior a la buena voluntad de los autores.

Precede a la obra una introducción del P. Muñoz, que viene a ser un himno en prosa, correcto y elegante, a la Reina del cielo, un brote de amor a nuestra dulcísima madre María. Al fin del libro se halla una breve noticia biográfica de cada uno de los autores que en él figuran.

Juzgamos el *Florilegio Mariano* útil para toda clase de lectores, cualesquiera que sean su grado de ilustración y sus gustos literarios; muy conveniente a las familias; casi necesario a las escuelas y colegios católicos, donde los maestros se hallan casi siempre escasos de recitaciones para los actos solemnes, y para el mes de mayo.

Merece el señor presbítero Muñoz agradecimientos, recomendaciones y aplausos.



R. M. C.